

¿Puede tolerarse indefinidamente un orden de cosas en que la tierra que no es fruto de ningún trabajo humano, sea cosa de propiedad privada? ¿Puede mirarse tranquilamente que un ricacho holgazán y bruto se reserve como suyos campos desiertos y abandonados ó terrenos baldíos en las ciudades, mientras el proletario sufre hambre y está forzado á un trabajo aplastador, gérmen de enfermedades y de prematuras muertes?

¿Hemos de quedar impasibles ante el obrero que no tiene un instante de libertad para dedicarlo á su cultura, cuando ha venido al mundo, como es frecuente, con una constitución mental y física muy superior á tanto personaje inservible y raquí-tico?

Y por el hecho de estar despojados de la tierra y de los instrumentos de trabajo, hombres sanos, fisiológicamente los más aptos para triunfar en el régimen de la igual libertad, ¿serán indefinidamente vencidos por el accionista indolente, lleno de vicios y enfermo?

¿Y así el progreso de la raza será detenido, y la imbecilidad humana será eterna?

¡Falso, abominable orden social, este en que la natural admiración por el poder y el natural desprecio por lo que está sujeto y no puede dar nada de sí, se dirijen no al verdadero poder y á la verdadera impotencia, sinó á los símbolos ó apariencias de estas cosas, símbolos engañosos que á fuerza de ser transformados por una falsa y universal sugestión, han llegado á perder hasta el carácter de símbolos para erigirse como profundas realidades. Tiempo vendrá en que estos símbolos que pueden resumirse con las palabras *riqueza é indigencia* aparecerán lo que son: una pura ilusión, una falsedad objeto de absurda idolatría.

Vemos que la gran consideración y respeto otorgados á la riqueza, á los ricos, hace nacer un amor sin límites por la posesión; y que actualmente el más grande incentivo de los actos humanos es el aplauso que podrán reportar. Y así, el afán de enriquecerse convertido en pasión dominante del hombre, no mira luchas y agitaciones si son necesarias, como tampoco siente lástima del sacrificio ineludible de las demás pasiones por saludables y nobles que sean. Y tenemos el espíritu de los hombres desquiciado por una pasión que subyuga todas las demás, y tal desequilibrio no pudiendo durar es el gaje mismo de la ruina de los que lo padecen, por más que hábiles y fuertes á su manera, hayan combinado admirables códigos, instituciones y sistemas de defensa para su uso y abuso.

Y vemos que nada hay que asuste más, que la perspectiva de atraerse el desprecio de la opinión social. Por evitar esta incomparable desgracia, millones de criaturas se imponen diariamente mil torturas y lo sacrifican todo si es preciso. ¿Bajo una disciplina social semejante que debe esperarse? La salud física es tan casual y delicada ó tan deficiente, que exige continuos cuidados. Los individuos se degradan, incapaces de las emociones tiernas y delicadas que son el encanto y la mitad del valor de la vida. Refinado y sobrecitado su egoismo, deben todavía consumir sus fuerzas para responder ó prevenir las usurpaciones que sobre cada uno de ellos puede cometer el igual egoismo de los otros — miserable destino y fatal impedimento al progreso y esplendor futuro de la raza!

¡Ya vendrán quienes den cuenta de todo esto!

J. MOLINA Y VEDIA